

MERCADO MUNICIPAL DE ZAMORA

San Salvador

BEN LOSA

Luces de neón multicolores, oleogramas publicitarios y un sin fin de rayos láser anuncian ofertas de carne de la colonia Odisea 33, salmón de Adriana 22, brécol rojo de Marte, lechugas de Saturno 16, guisantes de la Confederación Márvel... Pedro avanza atónito por el mercado; ayer mismo había hecho la compra y todo era normal, los carteles de siempre, los productos de siempre. Había llegado caminando por la ciudad, por Santa Clara, la plaza de la Constitución, la vidriera centenaria del mercado, Zamora tampoco había cambiado.

—¿De dónde sale este mercado futurista?—, piensa Pedro mientras duda entre regresar a casa o seguir adelante. Se decide por la aventura, abriéndose paso entre seres de todas las razas, colores y formas imaginables, se dirige hacia la pollería de los Hermanos Serrano, donde lleva un par de años comprando los filetes de pechuga y las alitas; en su lugar encuentra un punto de alimentos reciclables. Perplejo ante la mutación del puesto, Pedro observa al pollero; lleva puesto un mono transparente, sólo opaco sobre las partes nobles del cuerpo, las manos y los pies los lleva cubiertos con una especie de papel de aluminio fluorescente.

Pero, esto no es lo más sorprendente, el expollero coge de un acuario peces triangulares de color malva; sin llegar a tocarlos con las tijeras, interpreta los movimientos típicos de quitar la espina, las escamas, todo eso; pero sin hacerlo realmente. Finalizada la representación, echa unos polvos sobre el pescado, que coletea suavemente, y, envolviéndolo en algo pare-



cido a papel secante, lo entrega a un cliente que, con gesto solemne, desenvuelve el pescado, tira el envoltorio a una papelera, limpia los polvos al frío animal, lo deposita en una pecera que sujeta un amigo junto a él y, arrugando el entrecejo, firma una hoja en cuya cabecera se lee en grandes caracteres “Los amigos de los animales a punto de ser ingeridos”, deja el bolígrafo sobre el mostrador, sonríe al expollo-

ro y deja paso al siguiente. Pedro cree volverse loco ante tal escenario irracional; se gira y ve que tras él se ha formado una cola de vértigo, todos le miran con la ansiedad típica del que espera su turno. En un principio intenta explicarles que no espera nada, pero acto seguido piensa que no merece la pena; abandona el primer puesto y la cola se disuelve.

Pedro, con los ojos como platos, avanza entre oleogramas de rostros amables y sinceros que recomiendan productos, describen sus características nutritivas, los posibles efectos secundarios sobre la personalidad, sobre los deseos... ¡Increíble! Cada treinta minutos, la iluminación del mercado cambia por completo, la máxima intensidad de energía publicitaria va pasando de unas zonas a otras y con ella, los clientes y toda la actividad del mercado.

Cuando Pedro está a punto de perder los nervios, localiza con la mirada a su amigo Santiago, está comprando calamares amarillos. Se aproxima a él con enorme ansiedad, se planta frente a él, le agarra de los hombros e interroga sobre el cambio que se ha producido en el mercado en tan sólo veinticuatro horas. Santiago mira a Pedro con increíble tranquilidad y le saluda.

–¡Hombre, Pedro, tú tan clásico como siempre! ¿Qué, con el traje del bautizo de tu abuelo?-. Pedro queda estupefacto y pasa a contemplar a Santiago en su conjunto, con la emoción no había reparado en su vestimenta, lleva un mono transparente idéntico al del pollero, pero a diferencia de aquél, Santiago calza unas botas altas color mercurio, a través de las cuales se le ven los tobillos y los pies como en una radiografía de rayos X.

–¡Esto es demasiado!-, piensa Pedro; aún así, a pesar del nuevo aspecto de Santiago, le pregunta por la causa de tal aberración temporal. Santiago sonríe y sugiere a Pedro no volar tanto por la red.

–El ciberespacio puede provocar alucinaciones ópticas en los navegantes que se pasan en horas de vuelo- dice Santiago.

A pesar de todo, Pedro insiste –¡No fastidies Santiago! El mercado ayer estaba completamente normal, ¿qué ha pasado?-.

Santiago paga sus sardinas añil, recoge el paquete y sigue caminando diciendo:

–Estoy de acuerdo contigo en algo, Pedro, el mercado ayer estaba completamente normal; pero, en desacuerdo contigo, pienso que hoy también está normal. Y esto es sólo el principio de nuestras diferencias, ya que una persona de tu cualificación no puede hablar, fuera de protocolo, con una persona como yo que, por si lo has olvidado, ocupo un nivel cuatro veces superior al tuyo. Lo he tolerado porque estuvimos en el mismo colegio de



programación presocial, ¡ya sabes!, nostalgia, pero nunca vuelvas a hacerlo en público. No deseo hablar más contigo. ¡Ya nos veremos! ¡Hasta pronto!-

Pedro queda clavado al suelo; quiere huir de allí, volver a casa, comer y tumbarse a ver un documental en La 2, pero algo le impide salir de ese laberinto de alimentos y vendedores de ciencia-ficción.

-Sólo falta Estela Plateada, surcando el mercado con su tabla de surf-, piensa Pedro, mientras intenta salir de la perplejidad y enfocar con mejor talante la situación. Pero es imposible, está desbordado; busca la salida y, cuando está a punto de alcanzarla, alguien lo agarra del brazo, se vuelve y,

-Lo que faltaba-, es Clara, su mujer. Pedro ya no confía en nadie; sabe que todo ha cambiado; no sabe por qué, pero así están las cosas. El recuerdo de Santiago le hace permanecer a la defensiva.

-¿Dónde va tan deprisa el caballero?- le dice Clara distendida.

-¿Qué quieres, qué haces aquí?- contesta Pedro asustado.

-Pues, la compra, ¿qué quieres que haga en el mercado? ¿Estás bien?

-Sí, estoy bien-, mientras contesta, observa que la ropa de Clara es normal.

-¿Y tú, qué tal?

-¡Venga, Pedro!, a mí no me engañas, ¿qué te pasa?

-Bueno, ¿no ves?, todo esto, el mercado, parece una versión psicodélica de Blade Runner.

-¿Qué le pasa al mercado, Pedro?

-¡Cómo! ¿Te parece normal el pollero, con esa especie de traje de astronauta funky, y todas esas luces y alimentos galácticos, oleogramas parlantes, láser de colores? ¿De verdad, lo ves normal?

-Pedro, ¡ya vale! ¿Qué dices? Me estás asustando, tienes la cara desencajada.

De pronto, Pedro se siente solo.

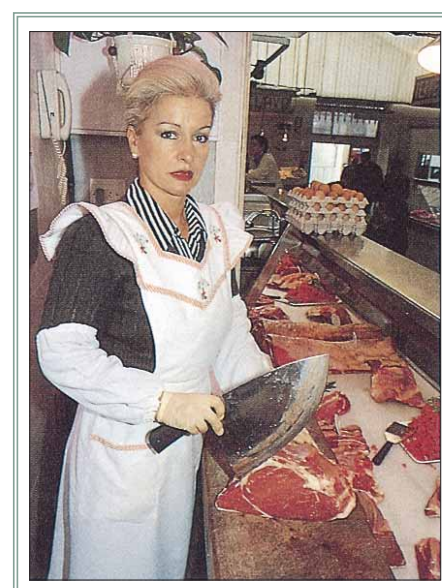
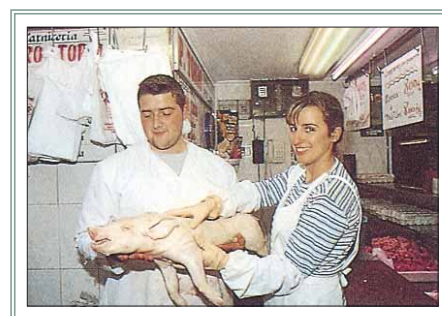
-¿Qué hago yo en Zamora, si toda mi familia vive en Madrid? ¿Por qué acepté venirme a vivir con Clara? Ella tiene aquí su vida, su familia, sus amigos, su trabajo, pero yo, ¿qué pasa, qué significa todo esto?-

Pedro sale de sus pensamientos y contempla el rostro de Clara pegado al suyo. Se da cuenta que está en el suelo; ha perdido el conocimiento

-¡Pedro, cariño! ¡Llaman a un médico!-

Pedro contempla como su mujer pide ayuda, y es por él. Observa como un grupo de extraños individuos se arremolina sobre él; y Clara habla con ellos.

-¿No verá lo raros que son? ¿Algunos no parecen ni humanos?- piensa Pedro; de pronto cree que la única forma de abandonar esa pesadilla es salir corriendo; lo intenta, pero el cuerpo le pesa toneladas. Por fin, algo lo libera de la horrible pesadez y, sin reparar en



Clara –de la que no sabe qué pensar–, se levanta y sale corriendo. A los pocos segundos, vuelve la cabeza y ve como Clara habla con Santiago, ambos lo señalan con la mano; se vuelve y divisa a los guardas al fondo del mercado, –esperándome, bloqueándome la salida–, sus trajes metálicos de color oro, bajo la vidriera estrellada, provocan en Pedro un escalofrío. –Estoy perdido, todos están en otro mundo–.

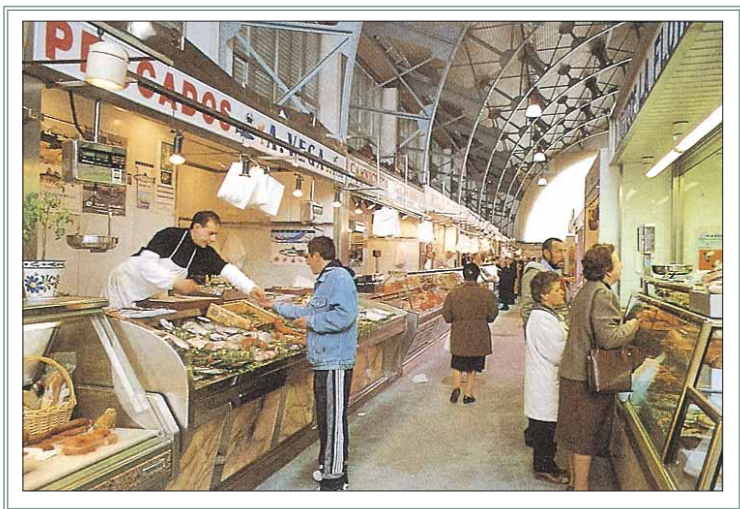
Se le ocurre bajar a la planta de abajo, tropieza y se cae contra la floristería; la dependienta, sonriendo con cara de estar en otro mundo, deshoja margaritas sobre él; se levanta, baja las escaleras y ¡horror!, ahí abajo todavía es más alucinante; un

s sofisticado laboratorio genético produciendo toda clase de animales y plantas; los corderos, coliflores, tostones, huevos..., son colocados en unos tubos transparentes y aspirados hacia la planta de arriba. Con los ojos fuera de las órbitas, Pedro se da la vuelta porque alguien le golpea en el hombro, gira y se encuentra una gran dama, de al menos dos metros de altura, con una enorme melena dorada, vestida con gasas de todos los colores.

–Soy la Mater Magna del mercado. Llegué aquí en 1904 y estaré aquí hasta que se retire la última piedra de sus muros. Has entrado en una zona prohibida de la red. Dispones de treinta segundos para entregarme tu nombre de usuario, contraseña y número de Visa; de lo contrario se te considerará un virus y se procederá a tu eliminación.

Pedro mueve la mano y toca el ratón, vuelve la pantalla activa y se despierta frente al ordenador –¡Menos mal, que sueño tan agobiante!–. Se levanta, va al frigorífico y –¡Desértico!–, se viste y sale de casa, dispuesto a hacer una buena compra en el mercado. Llega, entra y –¡Bien!–, todo está como siempre; compra una dorada en la pescadería de Clavo; pan y bollos en Las Carabelas y alitas de pollo en el puesto de los Hermanos Serrano. Sale a la plaza del mercado y, cuando va a girar por San Andrés, se vuelve, mira la vidriera y, por un momento, le parece estar hecha por lenguas de fuego.

–Será el sueño, que todavía me hace ver visiones–, piensa. Va a ver a Santiago a la inmobiliaria, todo está normal; llama a su mujer al hospital, tiene una guardia tranquila. Pero, cuando se va acercando al número cuatro de la calle Santa Clara, a su portal, comienza a mudarle la cara. Bajo el balcón de la agencia de contratación “Umano”, subido en una especie de bola de cristal, un robot vestido de samurai se alza espectacular sobre un centenar de



jóvenes que, con los brazos en alto, piden un puesto de trabajo. Pedro mira su bolsa de la compra; ahí está la dorada, los bollos; todo está normal, ¿qué pasa ahora?, lo anterior era un sueño, pero ya está despierto. El samurai porta una especie de varita mágica –como las espadas de la Guerra de las Galaxias–; tras planear sobre los jóvenes enardecidos, toca a uno al azar y, ahora viene lo alucinante; el joven desaparece de la calle y aparece en un monitor enorme, colocado a la derecha del samurai, donde se ve como al joven le hacen una entrevista de trabajo; finalizando con la firma de un contrato por un día y un apretón de manos.

La desesperación de Pedro ha subido tanto que ha llegado a la indiferencia; arrastrando los pies, entra en el portal de su casa, el ascensor es un flujo de luz piramidal; en el suelo, frente a lo que puede ser una puerta, diez huellas de pies derechos, junto a ellas los nombres de los inquilinos.

Junto a una de las huellas, Pedro descubre su nombre; pisa, se ilumina la base piramidal del ascensor y es elevado frente a la puerta de su casa. En un triángulo de color ámbar a la altura de la cerradura, lee en un monitor “Introduzca el pulgar”, junto al monitor hay un agujero; Pedro mete con indiferencia el pulgar y se abre la puerta –¡Dios mío, lo que esperaba!, ¿qué es esto?–.

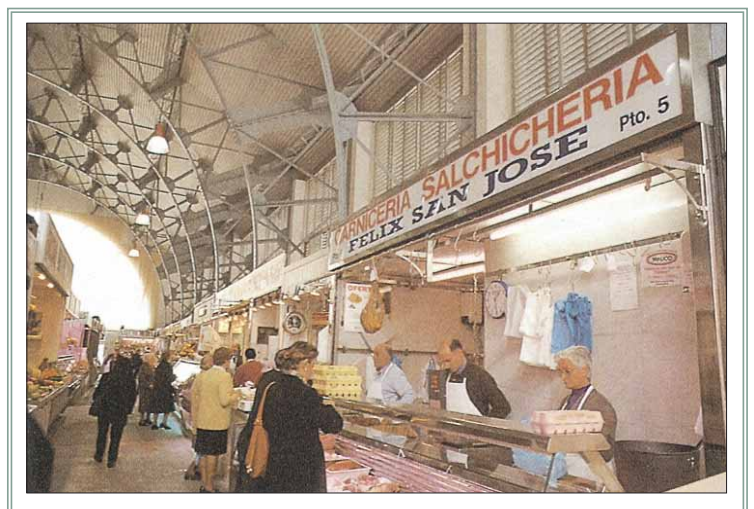
Pedro, con la cabeza descolgada sobre el pecho, los brazos caídos, mira al interior de la bolsa de la compra, es lo único que sigue normal; ahí está la dorada, hipertérrita.

Pero, la casa, todo ha cambiado; una habitación única, un cubo perfecto; en el centro, flotando en el centro del cubo, un monitor se enciende y aparece el rostro de un hombre.

–Buenas tardes Pedro, soy tu APR, asistente personal robótico. Tienes la cocina preparada para alimentarte; pero, antes debo recordarte que estás cometiendo una infracción penada con un mes de flujo eléctrico restringido. En esa bolsa llevas especies en vías de extinción, como la dorada, la lechuga, los huevos de ave; te aconsejo que los entregues en la comisaría más cercana y continúes con la dieta homologada por la Confederación–.

Pedro, arrastrándose prácticamente, se dirige hacia un espejo que, ingrávito, flota junto a una de las paredes del cubo; se sienta en un sillón frente a él y, ya con el juicio alterado, –Espejito mágico...–

En ese momento suena el teléfono, la APR genera un teléfono en la mano de Pedro, contesta.



-¿Clara, eres tú?

-Sí, Pedro; estoy volviéndome loca, nuestra casa parece sacada de un decorado de Star Trek... ¡Pedro, ven; te lo suplico!

-¡Clara!, ¿de qué hablas?, yo estoy en nuestra casa y..., sí, todo ha cambiado, pero ¿dónde estás?

-¡Pedro, no lo sé cariño! Pedro, ven; te necesito...

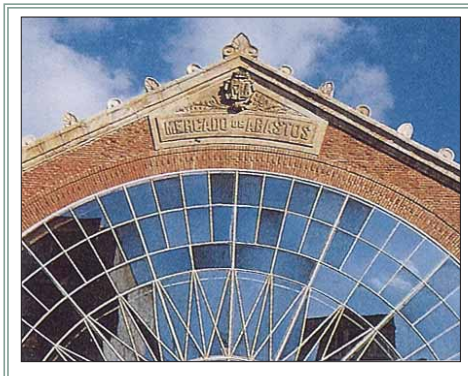
“Señor, le recordamos que son la nueve de la mañana, hora en la que nos encargó le avisáramos. Buenos días señor, le recordamos que el Parador le ofrece servicio de desayuno hasta la once de la mañana, en el comedor o en su habitación. ¡Gracias, señor! ¡Buenos días, señor!”.

Clara y Pedro salen del Parador de Zamora, cogen un taxi que les deja en la estación de trenes, cogen el talgo que viene de Galicia y, al abrirse las puertas... ■

BEN LOSA

DOCTOR EN C.C. DE LA INFORMACION

MERCADO MUNICIPAL DE ZAMORA



El mercado municipal de Zamora se levanta sobre el mismo solar donde estuvo en su día la iglesia de San Salvador de la Vid, en pleno centro histórico de la ciudad.

Su planta rectangular ocupa el centro de la plaza del Mercado, rodeada por fachadas estilo 1900; dos vidrieras en forma de estrella sellan la entrada y la salida del recinto.

El edificio actual, que sustituye al mercado al aire libre que hubo anteriormente, fue levantado según proyectó el arquitecto Antonio Viloria en 1904; con Isidoro Rubio como alcalde de Zamora.

El acceso al mercado es muy agradable y curioso, por calles y plazas de sabor medieval que desembocan en la plaza del Mercado, donde prima el modernismo; así, tenemos un paseo de quince minutos que recorre ocho siglos de historia arquitectónica.

En la actualidad, el mercado cuenta con 85 puestos que se reparten en: 15 pescaderías, 43 carnicerías, 18 fruterías, 7 puestos de pan y dulces, 1 de varios y 1 de aceitunas.

El mercado es de propiedad y administración municipal, pero los comerciantes están agrupados en AZIMA "Asociación Zamorana de Industriales del Mercado de Abastos", desde donde colaboran con el Ayuntamiento en los planes de mejora del mercado.

